

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
FACULTAD DE TRADUCCIÓN Y DOCUMENTACIÓN
GRADO EN TRADUCCIÓN E INTERPRETACIÓN

Trabajo de Fin de Grado

**Los intérpretes en las civilizaciones
mediterráneas de la Antigüedad.
Un análisis comparativo.**



**VNiVERSiDAD
D SALAMANCA**

Mara Merchán Lezcano

Tutora: Icíar Alonso Araguás

Salamanca, 2023

Para Pup, que me ha aguantado.

Índice

Resumen.....	4
1. Introducción y metodología.....	6
2. Contexto histórico.....	8
2.1. La civilización egipcia.....	9
2.2. La civilización griega.....	11
2.3. La civilización romana.....	12
3. Los intérpretes en el Imperio Nuevo egipcio.....	14
3.1. Los primeros intérpretes.....	14
3.2. El perfil del intérprete en el Antiguo Egipto.....	16
3.3. Formación del intérprete administrativo en el Imperio Nuevo.....	17
3.4. Ejercicio profesional del intérprete administrativo en el Imperio Nuevo.....	18
3.5. Posición social y económica del intérprete administrativo en el Imperio Nuevo.....	21
4. Los intérpretes en la Grecia arcaica.....	24
4.1. Interpretación en la Grecia arcaica.....	24
4.2. Perfil del intérprete griego arcaico: el hermenēus.....	26
4.3. Ejercicio profesional del hermenēus arcaico y su relación con las Administraciones y el ámbito privado.....	28
4.4. Posición social y económica del hermenēus arcaico.....	30
5. Los interpres en la Pax Romana.....	34
5.1. La interpretación durante la Pax Romana.....	34
5.2. Perfil social y geográfico de origen del interpres romano.....	35
5.3. Ejercicio profesional, condiciones y relación con la Administración.....	36
5.4. Remuneración, estatus social y la cuestión de la confianza.....	38
6. Conclusiones.....	42
7. Bibliografía.....	46

Resumen

Este trabajo pretende hacer un estudio comparativo sobre el perfil sociocultural de origen, las condiciones del ejercicio profesional y la posición social y económica de las personas encargadas de ofrecer servicios de interpretación y mediación lingüística en el Antiguo Egipto, la Antigua Grecia y la Antigua Roma, con un enfoque centrado en la Administración y las relaciones diplomáticas. Como períodos históricos representativos de estas amplias épocas de la Antigüedad se han tomado épocas de gran esplendor cultural, territorial y económico: el Imperio Nuevo egipcio (1550-1070 a. C.), donde los intérpretes administrativos eran seleccionados y entrenados y formaban una casta de funcionarios; la colonización griega del Mediterráneo durante la Época Arcaica (776-499 a. C.), durante la cual los conocidos como *hermenēis*, con una estrecha relación con el comercio marítimo y las relaciones comerciales entre pueblos diferentes, trabajaban de manera generalmente independiente y con un enfoque comercial y no solamente lingüístico, y la *Pax Romana* (27 a. C.-180 d. C.), el período de mayor extensión territorial del Imperio Romano, donde los *interpretes* eran a menudo representantes de sus pueblos, ahora romanizados, ante sus nuevos gobernantes. El trabajo trata de extraer conclusiones sobre cuestiones antiguas y también actuales como la confianza del cliente y la visibilidad del traductor-intérprete.

Palabras clave: administración pública, diplomacia, Grecia arcaica, *hermenēus*, Imperio Nuevo egipcio, Imperio Romano, *interpretes*, mediación lingüística, *Pax Romana*, historia de la interpretación.

Abstract

This paper aims to conduct a comparative study on the professional backgrounds, the conditions of professional practice and the social and economic position of the individuals in charge of providing interpretation and linguistic mediation services in Ancient Egypt, Ancient Greece and Ancient Rome, with a focus on Administration and diplomatic relations. As representative historical periods of these broad periods of Antiquity, we have selected periods of great cultural, territorial and economic splendor: the New Kingdom of Egypt (1550-1070 B.C.), where administrative interpreters were selected and trained and formed a caste of officials; the Greek colonization of the Mediterranean during the Archaic Period (776-499 B.C.), during which the people known as hermenēis, with close ties to maritime trade and

commercial relations between different peoples, worked generally independently and with a commercial rather than just linguistic focus; and the Pax Romana (27 B.C.-180 A.D.), the period of greatest territorial extension of the Roman Empire, where the interpretes were often representatives of their now Romanized peoples to their new rulers. This paper attempts to draw conclusions about issues affecting the profession back then and also today, such as client confidence and the visibility of the translator-interpreter to the public.

Keywords: Ancient Egypt, Ancient Greece, Ancient Rome, Archaic Greece, diplomacy, foreign relations, *hermenēus*, history of interpreting, *interpretes*, New Kingdom of Egypt, *Pax Romana*, public administration, Roman Empire, language brokering.

1. Introducción y metodología

Este trabajo tiene como objetivo realizar un análisis comparativo sobre el perfil de origen, las condiciones del ejercicio profesional y el estatus social de los intérpretes en tres civilizaciones de la cuenca mediterránea en la Antigüedad.

Egipto, Grecia y Roma son comúnmente consideradas tres de las grandes civilizaciones antiguas. Se les atribuye gran parte del peso del origen de las bases legales, culturales y burocráticas de nuestra civilización. De ellos hemos heredado leyes, ciencia, conocimientos, y la propia lengua que hoy hablamos. El trabajo tiene como objetivo investigar sobre el lugar que ocupaban los antecesores de nuestra profesión en estos momentos de tanta importancia en la historia de la cuenca mediterránea, Europa y, en definitiva, del mundo. Es decir, descubrir qué estaban haciendo, dónde y cuándo, los intérpretes en las épocas de mayor esplendor de las civilizaciones que dieron lugar a la nuestra, qué lugar ocupaban en sus sociedades y su estatus social y profesional. Pretendemos encontrar en rasgos divergentes y comunes entre estas civilizaciones el origen, o al menos parte de este, de la profesión de intérprete como la conocemos hoy en día.

Por motivos prácticos debido a la imposibilidad de abarcar tantos siglos con la profundidad que se desea en un trabajo de estas dimensiones, y para facilitar el análisis comparado de estos tres objetos de estudio, acotaremos temporalmente el campo de estudio a los momentos considerados de mayor esplendor en cada una de las tres civilizaciones escogidas. Tomaremos para ello el Imperio Nuevo egipcio, que abarca desde el año 1500 a.C. hasta el 1070 a.C.; la Época Arcaica griega, del 776 a.C. al 499 a.C., y la Pax Romana, del 29 a.C. al 180 d.C.

El enfoque del trabajo se centrará en las relaciones diplomáticas y exteriores de las administraciones públicas de estas civilizaciones durante los mencionados períodos, en el papel de los intérpretes en las mismas y en la relación de estos trabajadores con sus empleadores. Por ese motivo, nuestra contextualización histórica se ceñirá sobre todo a las lenguas en contacto inmersas en dichas relaciones exteriores, ya fueran comerciales, militares, o coloniales.

Delimitar en los tres casos mencionados nuestra atención a los períodos de máximo apogeo nos permitirá explorar los puntos de mayor desarrollo y complejidad administrativa de estas civilizaciones, pues parece probable que, de

existir disposiciones normativas sobre los intérpretes en el ámbito institucional, estas se concentren en esos momentos de la Historia.

Nuestra hipótesis inicial, cuya validez esperamos discernir en el estudio posterior, es la de que los intérpretes, especialmente en Egipto y Grecia, eran en su mayoría esclavos capturados de los pueblos conquistados a los que se forzaba a aprender la lengua del Imperio. En un contexto de expansión comercial, podrían ser también mercaderes o viajeros. En Roma, muchos seguirían siendo de origen esclavo, pero también se los contrataría de entre los pueblos fronterizos. La interpretación no sería considerada un oficio en sí mismo sino una actividad que ocasionalmente realizaban las personas bilingües. Los intérpretes no gozarían de buena reputación ni percibirían salarios y, especialmente en el caso de Roma, a menudo se les consideraría traicioneros o poco de fiar.

2. Contexto histórico

Es difícil marcar un nacimiento exacto de una civilización, porque no existe una línea fija que separe un pueblo “simple” de una civilización, ni por supuesto todos los pueblos se convirtieron en civilizaciones al mismo tiempo. Si tomamos como definición general que una civilización es una cultura “avanzada”, entramos en el dilema de cómo de avanzada debe ser una cultura para convertirse en civilización, y de cómo medimos el avance de la misma. Tradicionalmente, para solventar este problema, se han considerado para medir la civilización rasgos como los siguientes: existencia de un Estado, jerarquía social, sedentarismo y concentración urbana (que a su vez requiere el desarrollo de la arquitectura), desarrollo de la agricultura y la ganadería y la presencia de un sistema económico organizado con división del trabajo, regulaciones gubernamentales e impuestos (Childe, 2003). La mayoría de las civilizaciones son y han sido históricas, es decir, han desarrollado algún método de expresión escrita, vital para cumplir la mayoría de requisitos enumerados previamente.

Estas civilizaciones, que por lo general, al menos en sus inicios, compartían una lengua entre sus habitantes como parte de su cultura compartida, pronto crecieron, bien de manera orgánica, bien mediante el comercio, o bien por la fuerza, expandiéndose más allá de sus lugares de origen. Inevitablemente entraron en contacto con otros pueblos y otras civilizaciones, con otras culturas y otros idiomas. Ya fuera para el comercio, para la guerra o para la paz, estos pueblos debieron entonces ponerse en manos de algunos de los primeros intérpretes de profesión.

Está generalmente aceptado que las primeras civilizaciones surgieron de manera independiente en varios lugares del mundo conocidos como las cunas de la civilización: el Creciente Fértil que incluye Mesopotamia y el borde más oriental del Mediterráneo, el Valle del Nilo, la llanura indogangética en la actual India, la llanura del Norte de China, las civilizaciones andinas y la costa del Golfo de Mesoamérica (Maisels, 1998). Todas estas civilizaciones tienen algo en común: surgieron en zonas planas y fértiles junto a ríos muy caudalosos, lo que permitió una gran concentración de personas en el mismo lugar, la fundación de ciudades y el surgimiento de la necesidad de organizarlas mediante un Estado, unas leyes y un sistema de preservación de la información: la escritura. Así, una a una, conforme desarrollaban sus propias lenguas escritas, estas culturas pasaron de la Prehistoria a la Historia.

Este trabajo pretende centrarse en las culturas antiguas conectadas por la cuenca mediterránea, es decir, aquellas que van desde el origen de la escritura hasta la caída del Imperio Romano en el año 476 d. C..

La extraordinaria fertilidad del suelo entre los ríos Éufrates y Tigris permitió en la Baja Mesopotamia de aproximadamente el IV milenio a. C. el nacimiento de la civilización sumeria, en ciudades-estado crecientemente organizadas y militarizadas como Uruk, donde, en el III milenio a. C., surgiría por primera vez el alfabeto cuneiforme, el sistema de escritura más antiguo del mundo (Finkel y Taylor, 2015). En la Mesopotamia antigua, las lenguas principales eran el sumerio y el acadio, que a lo largo de los siglos y de las dinastías se irían alternando como idioma mayoritario de la zona. Las ciudades-estado sumerias dieron paso al Imperio Acadio, que a su vez se terminó fragmentando de nuevo en ciudades-estado de cultura sumeria (Liverani, 2014).

2.1. La civilización egipcia

En el Valle del Nilo surgió también la escritura, primero cuneiforme y más tarde, en torno al siglo XXXV a. C., jeroglífica. La del Antiguo Egipto fue una civilización caracterizada por una densidad de población altísima, derivada del breve espacio de tierra muy fértil entre el río Nilo y los desiertos que lo rodeaban. El pueblo egipcio, dividido culturalmente en el Alto Egipto (situado al sur, en zona de llanuras y mesetas) y el Bajo Egipto (al norte, en las llanuras del Delta del Nilo), se concentraba casi en su totalidad a orillas de su río. Los Reinos egipcios se unificaron por primera vez en torno al año 3200 a. C. bajo Narmer, rey del Alto Egipto, dando comienzo a su Período Arcaico (Shaw, 2003).

La relativa homogeneidad cultural de esta civilización la hizo más monolingüe que las mesopotámicas: distinguimos lenguas egipcias no por su distribución geográfica, sino por su evolución en el tiempo. Así, típicamente se diferencian el egipcio arcaico (anterior al año 2600 a. C.), el egipcio antiguo (entre el 2600 y el 2000 a. C.), el egipcio medio (2000 a.C. a 1300 a. C.), el egipcio tardío (1300 a. C. a 700 a. C.), el demótico (del siglo VII a. C. al siglo V d. C.) y el copto (que fue lengua viva hasta el siglo XVII, pero reemplazada por el árabe como lengua oficial en el siglo VII) (Bard, 2014).

El Egipto antiguo estuvo al principio en contacto, hacia el sur, con multitud de pueblos africanos, como Nubia, pueblos líbicos y Etiopía. Hacia el Este, tuvieron

contactos con Mesopotamia, culturas del levante mediterráneo y pueblos del actual Afganistán (Shaw, 2003). En el Egipto arcaico, el reino recién unificado mantuvo relaciones exteriores similares a las de los siglos anteriores (Warren, 1995). Durante el Imperio Antiguo (aproximadamente entre los siglos XXVI y XXII a. C.) las relaciones comerciales de la civilización se extendieron hacia Nubia al sur, las islas griegas al norte, Libia al oeste y Oriente Próximo al este (Smith, 1965).

El Imperio Medio (desde aproximadamente el siglo XXII y hasta el siglo XVII, ambos a. C.) implicó tímidos contactos militares además de los comerciales que ya eran comunes, sobre todo hacia el oeste, en Libia (Bates, 1914).

No fue hasta el Imperio Nuevo, en el que más adelante profundizará este trabajo, que las relaciones exteriores egipcias experimentaron un período de apogeo con numerosas expediciones militares que llevaron al Imperio un nivel de multiculturalidad no experimentado hasta ese momento (Bietak, 1991). Este período nos aporta, entre otras muchas cosas, el primer tratado de paz de la Historia, que es además el primero del que conservamos traducciones: Ramsés II hizo la paz con los Hititas, quienes enviaron un borrador del tratado al faraón. Este lo hizo traducir al egipcio, añadió sus propias aportaciones y lo envió de regreso a Hatti, donde el documento fue traducido de nuevo antes de ser aprobado y firmado (Langdon y Gardiner, 1920).

Por último, en el período tardío egipcio, que duró hasta mediados del siglo IV a. C., Egipto tuvo numerosos roces militares con los nubios, que fueron conquistados y posteriormente no solamente se liberaron, sino que a su vez conquistaron Egipto brevemente antes de ser expulsados por los asirios. Asimismo, los egipcios tuvieron en esta época relaciones estrechas de amistad con los griegos, que fundaron una única colonia en Naucratis (Coulson, 1996) y contra los que no se conocen actividades militares.

Así, lenguas en contacto en el Antiguo Egipto, ya fuera por motivos comerciales, diplomáticos o militares, fueron el egipcio en cualquiera de sus formas (Grossman y Richter, 2015), el griego antiguo, el nubio antiguo, el asirio, la lengua hurrita usada en Mitani y Anatolia, la lengua hática de los hititas, lenguas cananeas, semitas y hebreas (Woodard, 2010) y el idioma (o idiomas) minoico, aún no descifrado, que suponemos era hablado en la Creta minoica (Castleden, 2016).

2.2. La civilización griega

La civilización de la Antigua Grecia como la conocemos tiene su origen, al menos parcialmente, en esta Creta minoica que mantuvo contacto con los egipcios del Imperio Nuevo y el período tardío. Tras la caída de la civilización minoica tiene lugar una denominada Edad Oscura hasta aproximadamente el siglo VIII a. C. (Martin, 2013), cuando se considera tradicionalmente que tuvieron lugar los primeros Juegos Olímpicos.

Terminada la Edad Oscura, surgió de ella la Grecia Arcaica, en la que se centrará una parte de este trabajo, que conllevó una reinención de la escritura (que se había perdido con el colapso de la civilización minoica). La dividida población griega se concentró en polis, ciudades-estado independientes que controlaban los territorios que las rodeaban, y que sin embargo estaban unidas por la religión y por una cultura similar. Estas polis, no obstante, no se consideraban una unidad cultural, y a menudo guerreaban entre sí por la tierra y los recursos (Sealey, 2003).

Las polis prosperaron; para el siglo VI a. C. algunas de las más importantes eran las archiconocidas Atenas, Esparta, Corinto y Tebas. Pero la población continuó aumentando y las tierras habitables escaseaban, de modo que muchos griegos se hicieron a la mar para fundar colonias por toda la costa mediterránea. Algunas de las colonias mediterráneas crecerían tanto y ganarían tanto poder que alcanzarían una importancia casi comparable con la de sus metrópolis. El mayor ejemplo de esto son las ciudades cartaginesas fundadas a lo largo de toda la costa del Norte de África y parte de la Península Ibérica. Cartago, que había sido a su vez fundada por los fenicios, que no eran griegos, como la gran mayoría de colonias de esta época, mantenía lazos comerciales y culturales con su metrópolis, pero su gobierno fue autónomo desde su fundación.

Esta colonización mediterránea trajo consigo un enorme florecimiento del comercio y, por tanto, de las relaciones internacionales con otros reinos e imperios de la cuenca mediterránea. En el siglo VI a. C. las polis griegas mantenían contacto, gracias en gran parte a la red de colonias, con egipcios, fenicios, lidios, persas, tracios, ilirios, etruscos e incluso con los tartesios de la Península Ibérica (Shapiro, 2009).

Podemos insinuar, por tanto, que el grueso de la interpretación en la cuenca mediterránea en los aproximadamente tres siglos que duró la Época Arcaica fue de índole comercial, aunque también diplomática. Las colonias mediterráneas tuvieron un contacto principalmente amistoso con los habitantes originales de las zonas que colonizaban, y la expansión de la economía griega apunta al establecimiento de un gran número de rutas comerciales a lo largo y ancho del Mediterráneo. Los colonos, posiblemente, se servirían de la ayuda de intérpretes para establecer este tipo de relaciones.

La Época Arcaica termina, dando paso a la Época Clásica, en el siglo IV a. C. con el inicio de las Guerras Médicas entre el Imperio aqueménida de Persia y una alianza de polis griegas (Martin, 2013). La Primera Guerra Médica (490 a. C.) fue seguida de una Segunda (480 a. C.) y de una Tercera (467 a. C.). Estas guerras contra Persia fueron sucedidas por una serie de guerras entre polis por el control de la Península Helénica. Ninguna polis logró su objetivo, pero todas se desgastaron entre sí lo suficiente para permitir que, en el año 338 a. C., el rey Felipe II de Macedonia y tras su muerte su hijo, que sería en el futuro conocido como Alejandro Magno, comenzaran su invasión de Grecia, Persia y el Medio Oriente. A la muerte de Alejandro Magno en el año 323 a. C. se inicia la Época Helenística.

Los generales de Alejandro Magno y sus sucesores gobernarían los pedazos del extinto Imperio Macedonio hasta la conquista de Grecia por parte del Imperio Romano en el año 146 a. C. (Martin, 2013).

2.3. La civilización romana

La ciudad de Roma fue fundada a orillas del Tíber, según el historiador romano Marcus Terentius Varro, en el año 753 a. C., fecha que ha sido tradicionalmente aceptada como cierta. Su forma de gobierno fue una monarquía hasta el año 509 a. C., luego una república hasta el 27 a. C. y por último un imperio hasta la caída del Imperio Romano de Occidente en el año 476 d. C..

La historia de Roma es una historia militar, y por tanto la historia de su interpretación es prioritariamente la de una interpretación militar. A finales del siglo VI a. C., cuando se instauró la República, Roma ya controlaba una gran región de la Península Itálica. Guerreó contra los galos y poco a poco subyugó al resto de pueblos itálicos, hasta que a finales del siglo III a. C., aseguró su dominio sobre la Península. Se volvió entonces hacia el exterior, con la intención de expandir su

poder e influencia a todo el Mediterráneo a través de una serie de colonias que, a diferencia de las griegas, eran una extensión directa de su metrópoli (Haywood, 1971).

En su expansión mediterránea, Roma chocó de frente con Cartago, que tenía las mismas intenciones. Las dos civilizaciones lucharon en tres Guerras Púnicas a lo largo de cuatro siglos que se saldaron finalmente con la destrucción total de Cartago y la esclavitud de todos sus habitantes (Haywood, 1971).

La enorme y rápida expansión de Roma trajo consigo una serie de graves conflictos internos. Las fuerzas políticas y militares de la República se disputaron el poder unas contra otras, y durante dos siglos reinó la inestabilidad en el Estado, hasta que, en el año 27 d. C., cuando de los líderes romanos de relevancia solamente restaba Octavio Augusto, este reformó el gobierno y se convirtió en el primer emperador de Roma. Se da inicio así a la *Pax Romana*, el período de mayor esplendor y expansión de esta civilización.

Durante este período se conquistaron Licia y Tracia, se guerreó contra las tribus celtas de Britannia, que ofrecieron gran resistencia, se tomó y se saqueó Jerusalén y se extendieron las fronteras del Imperio en Iberia, la Galia, Dacia y Germania (la Península Ibérica, el norte de la actual Francia, zonas de las actuales Rumanía y Moldavia y Alemania), entre otras zonas. El Imperio Romano alcanzó su extensión máxima en el año 117 d. C. bajo el mando de Trajano (Scarre, 1995).

El Imperio Romano de Occidente, dividido del de Oriente por Diocleciano en el siglo III a. C., duraría casi otros dos siglos desde esa división, hasta que los bárbaros, liderados por Odoacro, tomaron la ciudad de Roma el 4 de septiembre del año 476 y dieron fin a la Edad Antigua.

Roma tuvo necesariamente, durante su *Pax*, que es el período en el que profundizará este trabajo, contactos bilingües con enemigos militares, tribus y naciones subyugadas, enviados de otros países y, en general, una diplomacia constantemente activa y multilingüe. Eso implica, necesariamente, la presencia de intérpretes, cuyos nombres, labores y circunstancias trataremos de discernir en los próximos capítulos.

3. Los intérpretes en el Imperio Nuevo egipcio

3.1. Los primeros intérpretes

La prueba más antigua de la existencia de intérpretes en el Antiguo Egipto, de acuerdo con Larisa Lutskovskaia en su artículo de 2020 titulado *Ancient Egypt as Cune for Contemporary Translation and Interpreting Industry*, está en un bajorrelieve de la tumba de Horemheb. Horemheb fue el último faraón de la XVIII Dinastía (y antes de eso, general para el famoso Tutankamón), y reinó justo al inicio del Imperio Nuevo, en torno al siglo XIV a. C., lo que hace de esta talla además un ejemplo ideal con el que comenzar nuestro estudio.



Figura 1: Bajorrelieve de la tumba de Horemheb, Museo Nacional de Antigüedades de Leiden, Países Bajos. Fotografía de Hans Ollermann.

La imagen representa a un grupo de enviados sirios, nubios y libios que acuden a Horemheb supuestamente para suplicar que Egipto invada y civilice sus naciones (Kurz, 1985). En el centro se encuentra el intérprete, por duplicado para representar su ir y venir entre Horemheb y los extranjeros.

Lutskovskaia también menciona (2020, p. 288., citando a Maspero, 2002), que la representación en mucho menor tamaño del intérprete respecto a los otros protagonistas parece indicar una escasa importancia social de la profesión.

Nosotros, sin embargo, nos atrevemos a insinuar que la propia presencia aunque pequeña del intérprete indica un valor mayor al tradicionalmente asignado. Sin duda, otros muchos sirvientes y funcionarios rodearon a Horemheb durante esas reuniones, pero a diferencia del intérprete ni siquiera aparecen representados en la talla. El intérprete, o al menos su labor, se consideró lo suficientemente relevante como para aparecer en el bajorrelieve. Como trataremos más adelante, es posible que esto se hiciera para enfatizar que Horemheb no se rebajó a emplear la lengua bárbara de los extranjeros, sino que estos se vieron forzados a hacerse entender en egipcio mediante un intérprete.

Encontramos más información sobre la existencia de los intérpretes egipcios en las escrituras de las tumbas de los príncipes de Elefantina, gobernadores de esta región situada en la frontera sur del Imperio. Estos gobernadores tenían como misión la protección de las fronteras del Imperio, la gestión de la zona y el control de su población y la relación con sus vecinos. Entre sus títulos parece ser que se encontraban “guardián de las tierras del sur del Alto Egipto”, “aquel que trajo las riquezas de las tierras extranjeras para su rey y que vuelve a los extranjeros temerosos de la furia de Horus” (Chrobak, 2013; Kurz, 1985) y, de mayor interés para nuestro estudio, “supervisor de intérpretes” (Gardiner, 1915).

Parece lógico que estas Administraciones que trataban de manera constante con los vecinos del Imperio tuvieran necesidad de un cuerpo de intérpretes. La existencia de un título de supervisor (o líder) de intérpretes implica, necesariamente, la existencia de un cuerpo o grupo de intérpretes organizado, lo que supone un cierto nivel de reconocimiento del oficio: los príncipes de Elefantina tenían, a su servicio, intérpretes adiestrados y seleccionados, un grupo organizado de personas nombradas específicamente para esa función.

Este detalle, que puede parecer mínimo, nos permite situar en un mapa y en una línea cronológica el primer punto de nuestra Historia en el que la interpretación fue considerada una categoría profesional.

Esto nos obliga a preguntarnos, a continuación, por el origen y el perfil social de los intérpretes, sobre su proceso de reclutamiento y formación y sobre las condiciones de su trabajo.

3.2. El perfil del intérprete en el Antiguo Egipto

Durante la mayor parte de su larga historia, en el Antiguo Egipto se consideraba al egipcio como la única lengua digna, mientras que los idiomas extranjeros eran tenidos por bárbaros e inferiores. El punto de vista egipcio dictaba que eran los pueblos inferiores los que debían adaptarse a la lengua y la cultura de sus conquistadores al ser absorbidos por el Imperio (Hermann, 1956).

Este desprecio a lo extranjero, que forzaba a los nuevos súbditos y a los esclavos adquiridos en las guerras o en mercados extranjeros al bilingüismo, nos lleva a pensar que el perfil de origen de los intérpretes debió de ser humilde, incluso esclavo. Aquellos capturados en las campañas contra sus pueblos se convertirían, así, en sirvientes de sus captores, encargados de ofrecerles servicios diversos entre los que se encontraría, probablemente, la interpretación hacia y desde su lengua nativa. Por supuesto, con escasa o ninguna compensación económica en su gran mayoría.

Sin embargo, otros descubrimientos nos llevan a conocer la existencia de proyectos de lo que hoy llamaríamos inmersión lingüística en castas sorprendentemente altas de la sociedad egipcia.

Existen pruebas de que, a pesar del mencionado sentimiento de superioridad de los egipcios hacia otros pueblos, los faraones no deseaban dejar las cruciales tareas de mediación intercultural y lingüística en manos de extranjeros. Ya desde el Imperio Medio encontramos registros de que se llevaron a Egipto niños pertenecientes a familias nobles extranjeras para que aprendieran el idioma, adoptaran la cultura y sirvieran tras un período de adiestramiento como intérpretes para el Imperio (Kurz, 1986).

Los egipcios tardaron mucho más en enviar a sus propios hijos al extranjero, o a las colonias griegas del Delta del Nilo, para que aprendieran idiomas. No lo hicieron hasta el siglo sexto a. C., cuando el poder de Egipto ya se había visto mermado y la percepción de las lenguas extranjeras como indignas había cambiado en la cultura egipcia. El historiador griego Heródoto describió que, a partir del siglo cuarto a. C. (un siglo antes de su propia época), existía una casta definida de intérpretes en Egipto. Heródoto dividió en su estudio la sociedad egipcia en sacerdotes, guerreros, pastores de vacas, pastores de cerdos, comerciantes, intérpretes y soldados (Kurz, 1986). Sin embargo, debemos tener prudencia al usar

esta clasificación, pues no solamente es muy posterior a la época en la que se centra este trabajo, sino que no se menciona más que en los escritos de Heródoto. A pesar de eso, es una fuente reveladora, porque, incluso si esa clasificación no era oficial, la de intérprete era una profesión lo suficientemente diferenciada como para ser digna de mención para el historiador griego.

De estas fuentes deducimos la existencia de al menos dos perfiles de origen diferenciados para los intérpretes: 1) aquellos esclavos forzados a aprender la lengua egipcia y a servir como intérpretes a sus amos, y 2) aquellos hombres libres, a menudo de sangre noble, educados formalmente para la labor.

Deducimos, por tanto, que los aspectos interlingüísticos del Estado quedaban en manos de un cuerpo formado de intérpretes seleccionados y formados por la Administración y que contaban por tanto con la confianza de sus empleadores. Por otro lado, los esclavos servirían principalmente a sus amos de manera privada y tendrían, posiblemente, un mayor papel en transacciones comerciales e intermediaciones de carácter privado. Para estos esclavos, la interpretación solamente sería una más de las tareas que debían llevar a cabo, y no se consideraba su oficio ni conllevaba un adiestramiento específico.

3.3. Formación del intérprete administrativo en el Imperio Nuevo

Parece ser, pues, que la cuestión de la confianza en el intérprete fue vital para los faraones egipcios del Imperio Nuevo y, en consecuencia, para sus administraciones. Dado que no deseaban dejar los asuntos exteriores en manos de extranjeros o de esclavos, que no tenían ninguna razón de peso para realizar su labor de manera fidedigna, se esforzaron en adiestrar y nombrar a jóvenes miembros de las noblezas vecinas, sobre todo de pueblos asiáticos, para estas labores.

Este trabajo, al tener un enfoque dirigido a la relación entre los intérpretes y las administraciones, tratará en mayor profundidad a esta última clase de intérpretes, que recibió formación y se acercó más a nuestra definición actual de una profesión.

Ramsés II el Grande, entre otras iniciativas para afianzar sus relaciones con las naciones cercanas, hizo traer a un gran número de niños asiáticos, muy jóvenes, a Fayún (Hermann, 1956), donde no solamente se les enseñaba la lengua egipcia sino que se les inculcaba fuertemente la cultura con la intención de

asimilarlos y de convertirlos, metafóricamente, en egipcios. De este modo, las relaciones internacionales del Imperio no quedaban en manos de extranjeros de manera estricta, pues habían sido asimilados por completo, y tampoco los nobles egipcios se habían rebajado a aprender lenguas bárbaras.

Este largo entrenamiento iniciado a muy corta edad cumplía la función de preparar a los jóvenes para las labores de interpretación, pero también la de asegurar su lealtad y su asimilación cultural. Además, cumplía la función secundaria de apartar a la juventud de las noblezas extranjeras de sus culturas de origen y facilitar así la asimilación cultural no solamente de ellos mismos sino también de sus familias y países originales.

3.4. Ejercicio profesional del intérprete administrativo en el Imperio

Nuevo

Los traductores e intérpretes del Antiguo Egipto compusieron sendos grupos profesionales diferenciados que trabajaban y se formaban en las oficinas administrativas y en los templos (Lutskovskaia, 2020). Se diferenciaban además entre sí de manera interna: la interpretación se ocupaba de asuntos exteriores y contactos directos con otros pueblos, mientras que los traductores estaban más relacionados con los escribas y se ocupaban de traducir correspondencia diplomática y pactos y tratados (Wilkinson, 2016).

Los intérpretes fueron, casi con total seguridad, empleados ampliamente durante y tras las guerras. Destacan las reproducciones de juramentos de fidelidad de los líderes de los pueblos subyugados por Egipto hacia los diversos faraones, que tuvieron que ser interpretados ya que los derrotados (aún) no hablaban egipcio (Galán, 2011). También en esta fuente aparecen mercaderes sirios, palestinos y chipriotas reuniéndose con altos funcionarios o incluso con los propios faraones.

El trabajo de Galán recopila algunos de estos juramentos de lealtad, recogidos en su momento por los escribas del Faraón pero, suponemos, pronunciados a través de intérpretes originalmente. En cualquier caso, es recomendable la prudencia al leer estos fragmentos, pues es muy probable que las palabras de los derrotados fueran decoradas o alteradas con fines propagandísticos.

Esta es la plegaria de rendición supuestamente pronunciada por los jefes sirios tras su derrota ante Tutmosis III en la batalla de Megiddo en el año 1457 a. C. (Galán, 2011):

“[¡Saludos a ti, oh rey, soberano,] grande de poderes, Menkheperra, [hijo de Amon!] Concédenos nuestra oportunidad y nosotros dirigiremos hacia tu majestad nuestra contribución [para tu Tesoro...] Nunca ha habido [ningún rey que haya hecho] lo que tu majestad ha hecho con esta tierra”.

Así narra ese mismo acontecimiento, o uno similar, un escriba cuyas palabras fueron grabadas en el templo de Amón en Gebel Barkal (Galán, 2011):

“Ellos estaban de pie en sus murallas alabando a mi majestad para que les fuera concedido el aliento de vida. Mi majestad hizo entonces que se les tomara el juramento de lealtad, diciendo: ‘No repetiremos el mal contra el rey Menkheperra –¡que se le conceda vida!–, nuestro señor, mientras estemos vivos, puesto que hemos presenciado sus poderes. Él nos ha concedido el aliento porque él (así) quería. Su padre es quien lo ha hecho, [Amon-Ra señor de los tronos de las Dos Tierras], y no la acción de los hombres”.

Estos intérpretes por tanto acompañarían a los ejércitos a la guerra, o al menos formarían parte del séquito del Faraón en ocasiones tales como las rendiciones o las conferencias con sus enemigos.

Resulta difícil encontrar menciones directas a los intérpretes en esta época y lugar. La mayoría hacen referencia a proyectos de formación como los impulsados por Ramsés II, o son menciones sin nombres en listas de enviados diplomáticos o en expediciones militares. Un intérprete específico es mencionado en fuentes de los siglos XIV-XIII a. C.: el sacerdote de alto rango Tini Ankhurmes (Mairs, 2020), de quien no se menciona gran detalle.

También en las cartas entre los jefes extranjeros sometidos a Egipto y el Faraón se encuentran menciones esporádicas a funcionarios con funciones de mensajería, diplomacia, mediación e interpretación.

En la tumba de Tutu, quien fue un importante funcionario de la corte de los faraones Amenhotep y Tutankamón en el siglo XIV a. C., encontramos descripciones como la siguiente (Galán, 2011):

“(Yo soy) el super[visor] de las misiones de todas las tierras extranjeras. Soy quien transmite sus palabras a Palacio, estando en [...] cada día. Yo llego a ellos como comisionado real con cada una de las instrucciones de [su] majestad.”

Es posible que se trate de un papel similar al de los “supervisores de intérpretes” que encontramos en los Príncipes de Elefantina, mencionados previamente. En este sentido, Tutu no sería estrictamente hablando un intérprete, sino un funcionario y diplomático encargado de tratar con jefes extranjeros y por tanto muy probablemente empleador de intérpretes.

Uno de estos intérpretes podría ser un tal Hatip, quien al parecer fue enviado como comisionado por el faraón para mediar entre Aziru, uno de los jefes extranjeros, y el ya mencionado Tutu. Una de las cartas de este intercambio dice así (Galán, 2011):

“Hatip ha venido y ha traído las buenas y gentiles palabras del rey, mi señor, para mi regocijo. Mi tierra y mis hermanos, los siervos del rey, mi señor, y los siervos de Tutu, mi señor, están gozosos cuando viene el aliento del rey, mi señor (...). Mi señor, puesto que Hatip está conmigo, él y yo haremos (juntos) el viaje (a Egipto).”

Resulta curioso, y en nuestra opinión digno de mención, que en la mayoría de textos que se supone representan las palabras de intérpretes estos no se tratan a sí mismos como una parte invisible de la conversación. Mientras que actualmente la costumbre es que el intérprete hable directamente con la “voz” del interpretado, encontramos a menudo en las fuentes originales que el intérprete usa fórmulas como “ellos dicen”, “mi majestad ordena”, etcétera, como enfatizando la existencia de su interpretación en lugar de ocultándola. Esto, por supuesto, es pura especulación a partir de los pocos ejemplos a los que hemos accedido, y podría bien explicarse por el medio en el que encontramos estas fuentes: el escriba podría simplemente haber decorado o reorganizado los eventos en su escritura de los mismos para una mayor claridad narrativa.

En las diversas cortes en las que se movían, los intérpretes eran funcionarios tratados con respeto y consideración. La correspondencia diplomática de el-Amarna, descrita en la obra de Galán, habla de las relaciones entre Egipto y el reino de Mitani, que entonces (a mediados del siglo XV a. C.) era una gran potencia situada en Oriente Próximo y tenía lazos muy estrechos (comerciales y matrimoniales) con el Imperio Nuevo egipcio. Ambas cortes enviaban con asiduidad comisionados a la otra. En esta época, el enviado egipcio a Mitani se llamaba

Mane, y en la correspondencia se menciona repetidamente que siempre iba acompañado de un intérprete llamado Hane y que ambos eran tratados con gran hospitalidad por el rey Tushratta de Mitani (Galán, 2011, p. 308).

No podemos dejar de mencionar el tratado de paz de Ramsés II el Grande y los hititas, considerado el tratado más antiguo del mundo. Aunque se corresponda más con la traducción que con la interpretación, que es el foco principal de este trabajo, supone un gran hito en la historia de la mediación interlingüística.

Parece, pues, que las condiciones laborales de los intérpretes eran similares a las de los diplomáticos (cuando realizaban esa doble función), o al menos paralelas a las de aquellos enviados a los que acompañaban (cuando se limitaban a las funciones de interpretación). En cuanto estaba relacionado con la Administración, los intérpretes eran funcionarios y no sirvientes, y parecían ocupar una posición jerárquica similar a la de los escribas, o intermedia entre estos y los diplomáticos. Sin embargo, sus funciones no parecían estar cerradas o del todo especificadas, pues encontramos casos de intérpretes que hacían las veces de mensajeros, que trabajaban como diplomáticos o que no se mencionan por nombre en absoluto. Es probable que sus funciones específicas dependieran de sus orígenes (un intérprete de origen noble tendría más posibilidades de actuar como enviado de honor), de sus habilidades individuales o de la confianza que su empleador depositara en ellos.

3.5. Posición social y económica del intérprete administrativo en el Imperio Nuevo

Existen en esta época muy pocos intérpretes que conozcamos por su nombre, e incluso entre ellos se nos dan muy pocos detalles sobre su estatus social o su vida personal. Debemos por tanto advertir de que gran parte de este apartado estará basado en deducciones y suposiciones.

Este trabajo se centra en los intérpretes relacionados con la Administración, y hemos dejado por tanto de lado a aquellos de origen esclavo en favor de los seleccionados y adiestrados en templos y palacios para esta función. Nos enfrentamos ahora a la tarea de establecer su posición social y económica sin apenas indicios en los que documentarnos.

La sociedad egipcia estaba altamente estratificada, dividida en clases sociales específicas. En la cima de esta pirámide se encontraba el Faraón, un dios

en la tierra. Lo aconsejaba un visir, que a menudo realizaba la mayor parte de las tareas de gobierno del Imperio. Debajo se encontraba la nobleza y la jerarquía religiosa, que a menudo se solapaban, pues no existe una separación entre Estado y religión cuando el rey es también un dios. Los nobles se ocupaban de gobernar las distintas partes del Imperio y componían la mayor parte de los rangos altos del funcionariado.

A continuación estaban los escribas y los soldados, cargos de menor importancia pero gran honor y que a menudo elegían segundos y terceros hijos de la nobleza. Por debajo de ellos encontraremos a los artesanos, a los campesinos y, por último, a los esclavos.

Sabemos que los intérpretes de la Administración eran funcionarios que trabajaban en templos y palacios, y que a menudo tenían sangre noble y realizaban funciones de diplomacia, pero que su posición dependía en gran manera de para quién trabajaban y de sus orígenes específicos. Podríamos situar, por tanto, a los intérpretes funcionarios en alguna parte entre el escalafón de los nobles y sacerdotes y el de los escribas. Seguramente, los más importantes y relevantes pertenecerían a la nobleza funcionaria, mientras que otros de menor rango estarían a la par con la clase de los escribas, a la que corresponderían a su vez los traductores.

La unidad monetaria del Antiguo Egipto era el *deben*, pero no existía como moneda, sino como medida para metales preciosos. Un *deben* se correspondía con aproximadamente 90 gramos de cobre, aunque también existían los *debens* de plata o de oro. Sin embargo, a la mayoría de trabajadores se les pagaba en pan y cerveza, y no en metales preciosos. El trueque, usando el valor de los objetos en *deben* de cobre como medida en los intercambios, era muy común, y había en realidad muy poco cobre, plata u oro circulando. Si, por ejemplo, un saco de grano de trigo costaba un *deben*, y unas sandalias también, era perfectamente normal intercambiar las sandalias por el grano en lugar de utilizar el metal como moneda de intercambio (Brier y Hobbs, 2013).

Como funcionarios, los intérpretes recibían un pago de las arcas del Estado, pero este no siempre sería en dinero, que como hemos explicado, no existía como tal. La mayoría de escribas, que estamos tomando como modelo para deducir la posición económica de los intérpretes, simplemente tenían sus necesidades (comida, ropas e incluso atención médica) cubiertas por el Estado y no recibían un

salario, pero aquellos con labores de funcionariado o puestos de gran importancia podían recibir cobre, plata u oro de manera adicional.

Los intérpretes de menor importancia pertenecían a una clase media que vivía en casas de adobe. En cambio, aquellos que acompañaban a (o hacían funciones de) diplomáticos y nobles se alojaban en los templos y palacios en los que realizaban sus funciones.

La del intérprete funcionario fue, probablemente, una posición social cómoda, aunque no de la más alta importancia. Por la propia naturaleza de su labor, pocas veces tenían subordinados sobre los que mandar y su propia posición dependía de la de su empleador y de la confianza que este depositara en él. Creemos que podemos asimilar su nivel de importancia al de los escribas, que del mismo modo variaban según su empleador entre trabajadores de clase media y funcionarios de gran valor. En cualquier caso, la traducción y la interpretación se consideraron en el Imperio Nuevo egipcio trabajos valiosos y necesarios, aunque no gozasen de la misma consideración que un alto funcionario o sacerdote.

4. Los intérpretes en la Grecia arcaica

4.1. Interpretación en la Grecia arcaica

Como hemos señalado en el capítulo de contexto histórico, la Grecia arcaica era una Grecia conformada por polis, ciudades-estado independientes, cuya población superó la capacidad de sus territorios para sostenerla. De modo que los griegos arcaicos se hicieron a la mar y enseguida comenzaron a florecer colonias helénicas y fenicias a lo largo y ancho del Mediterráneo. Algunas de estas colonias, como Cartago, alcanzaron tanto poder que de ellas brotaron a su vez colonias.

Las colonias mediterráneas componían los nodos de una enorme red comercial que recorría toda la cuenca de este mar. Las colonias costeras se enriquecían como lugares de exportación e importación de productos en el mercado mediterráneo. Adquirían de los pueblos cercanos alimentos exóticos, pero sobre todo objetos de lujo como joyas, metales preciosos, ámbar, marfil y artesanía, y los enviaban por vía marítima a toda la red comercial.

Como ejemplo de esto: aproximadamente en el siglo XV a. C. se hundía en la ruta entre Ugarit (en la costa de la actual Siria) y Egipto una nave cargada con diez toneladas de cobre, estaño, ébano, marfil, ámbar, huevos de avestruz, oro, plata, resina, frutos secos, higos, aceitunas, granadas, jarrones y joyas, entre las que encontramos un broche de bronce proveniente del centro de Europa y un escarabajo de oro con el nombre de la reina Nefertiti (Mikołajczak, 2008).

Las colonias mediterráneas estaban, por tanto, poniendo en contacto no sólo a las diversas orillas del mar, sino a pueblos lejanos tierra adentro en continentes muy distintos. Durante el apogeo de la colonización mediterránea, entre el año 1000 y el año 700 a. C. (Chrobak, 2013), el comercio marítimo conectó prácticamente la totalidad del mundo conocido.

En comparación con la estricta jerarquía y burocracia vistas en el Imperio Nuevo egipcio, las colonias griegas existieron en una especie de caos controlado. Las colonias eran independientes, y no debían obediencia ni lealtad a sus metrópolis: expandían el concepto de ciudades-estado y llenaban la cuenca mediterránea de poblaciones con gobiernos propios, unidas entre sí solamente por vagos aspectos culturales y religiosos y, especialmente, por el comercio. El

comercio marítimo fue sin duda la columna vertebral de la red de colonias helénicas.

Esto también significa que no podemos hablar de una administración extensa, como la egipcia, sino de decenas de unidades administrativas desconectadas menores. Dicho de otro modo, cada colonia se organizaba a sí misma, y eso dificulta la existencia de grandes planes de formación de cuerpos de interpretación como los realizados en tiempos de Ramsés II.

La de intérprete se convierte entonces en una profesión cuya formación no puede probarse: si existiera en una colonia alguna clase de escuela de interpretación, los intérpretes que salieran de ella no tendrían por qué ser reconocidos en cualquier otra ciudad.

Además, por la propia naturaleza de estas ciudades, los colonos eran extranjeros asentados en tierras lejanas a su hogar con intenciones de establecer redes comerciales y de conseguir tierras cultivables para el exceso de campesinos en las metrópolis, y debieron necesariamente desde el principio hacerse entender con los habitantes oriundos de las zonas que colonizaban, al contrario que Egipto, que pudo permitirse exigir, a menudo mediante la fuerza, que fueran sus vecinos los que aprendieran egipcio.

Porque esta colonización no fue, prácticamente en ningún momento, tratada como una expansión militar: aunque los griegos arcaicos llevaban consigo hombres armados para defenderse en caso de ataque, sus expediciones estaban compuestas principalmente por exploradores y mercaderes con la intención de buscar lugares en los que establecerse pacíficamente y abrir relaciones de amistad y comercio con sus nuevos vecinos (Moscati, 1968).

Desaparece entonces el desprecio a lo extranjero que tenía el Imperio Nuevo egipcio y aparecen colonos de mente relativamente abierta y gran disposición a los tratos pacíficos, más económicamente provechosos que la guerra y la conquista. Esto conlleva una evidente necesidad de comunicación con los habitantes nativos de las zonas exploradas, lo que, salvo cuando los colonos recurrieran a la mímica y a aprender todos ellos mismos las lenguas nativas, nos lleva a la conclusión de la existencia de intérpretes.

El intérprete de las colonias griegas del Mediterráneo, intermediario entre los nativos y los comerciantes del otro lado del mundo conocido, en ocasiones

mercader, en ocasiones mediador lingüístico y a veces incluso funcionario público, ha llegado a nuestros días con el nombre de *hermenēus*.

4.2. Perfil del intérprete griego arcaico: el *hermenēus*

La palabra *hermenéutica*, que hoy en día definida por la RAE como la ciencia de interpretación de los textos, originalmente los sagrados, proviene, al igual que *hermenēus*, del verbo griego ἑρμηνεύειν (*hermenéuein*) de significado anunciar, esclarecer o traducir, o lo que es lo mismo, volver una cosa comprensible para otros. Surge del nombre del dios griego Hermes, patrón de los mensajeros, los comerciantes y los viajeros, creador y patrón del lenguaje y la escritura y protector de todo lo relacionado con la comunicación entre las personas.

En las fuentes documentales surge con asiduidad el término derivado *hermenēus* (plural *hermenēis*) referido a diversas personas. A pesar de no poder afirmar con total seguridad que es un equivalente directo a un individuo con el oficio de traductor, *hermenēus* es como llamaremos en adelante a los intérpretes y traductores de la esfera griega, aunque como veremos más adelante el término se vio ampliado con el tiempo para incluir una definición mucho más amplia de intermediario o mediador, a menudo con tintes comerciales. Lo cual no es de extrañar considerando la naturaleza altamente comercial de las colonias mediterráneas.

Al estar las colonias y su organización basadas en empresas personales, no dirigidas por las metrópolis o por un gobierno central, no se puede elaborar un perfil del *hermenēus* tan homogéneo como el que encontrábamos en los intérpretes gubernamentales egipcios. El *hermenēus* colonial griego podía ser tanto un nativo que se hubiera adaptado a la cultura de los colonos como un colono que se hubiera interesado por los pueblos cercanos a la colonia como, como consideramos más probable, un comerciante con un interés personal en ser capaz de lograr esa comunicación.

Consideramos poco probable la existencia de formación reglada en interpretación administrativa, como sí existía en Egipto, pues para comerciar con otros pueblos no es tan necesario un gran dominio de la lingüística como del idioma del oro y la plata. El mantenimiento de relaciones cordiales con los pueblos cercanos a la colonia, que sí podría ser un interés más de la Administración que de los colonos de a pie, se confiaba probablemente a personas bilingües de confianza para los

gobernantes, que no estarían al servicio continuo de estos sino que acudirían al ser llamados para ocasiones específicas.

No sería demasiado difícil encontrar, en una colonia comercial altamente multicultural, personas capaces de mediar entre la mayoría de combinaciones lingüísticas que pudieran ser necesarias para cubrir la demanda de interpretaciones.

A continuación mencionaremos a algunos *hermenēis* por nombre, pero debemos especificar que la mayoría de los registros documentales en los que se menciona a estas personas pertenece a la época helenística, muy posterior a la época arcaica en la que tratamos de centrar esta parte del trabajo. Sin embargo, juzgamos que esta diferencia en la presencia documental se debe a la existencia de un muy superior número de fuentes documentales, y no a unas circunstancias radicalmente diferentes de los *hermenēis* en las dos épocas. Es decir, creemos razonable asumir que las condiciones laborales y el perfil del *hermenēus* helénico y el arcaico son lo bastante similares como para emplear a los primeros como ejemplo de cómo podrían ser los segundos, al menos en un sentido local y no al nivel del imperio creado por Alejandro Magno y en el que no profundizaremos.

Mairs, en su obra *Hermēneis in the Documentary Record from Hellenistic and Roman Egypt: interpreters, translators and mediators in a bilingual society* (2020), proporciona un número significativo de nombres propios de *hermenēis* extraídos de archivos del Egipto helenístico. En la mayoría de los casos resulta muy difícil distinguir a aquellos que realizaban funciones de interpretación y a aquellos que actuaban como meros intermediarios en transacciones comerciales (Mairs, 2020). En este sentido, parece que el concepto de *hermenēus* no es tan claro como nos gustaría, sino que abarca una serie de definiciones más amplias; irónicamente, igual que las muchas y confusas funciones asociadas al dios Hermes del que proviene la palabra.

Sin embargo, proponemos la siguiente consideración: esta distinción de funciones solamente es confusa si tratamos de aplicar a la Grecia arcaica nuestra lógica actual; es decir, si insistimos en dividir a los *hermenēis* entre “intérpretes” y “mediadores comerciales”. Lo cierto es que los *hermenēis* no eran intérpretes o mediadores comerciales, sino *hermenēis*, porque en la Grecia arcaica la mediación intercultural o diplomática y las relaciones comerciales estaban tan estrechamente relacionadas que no pueden entenderse por separado del modo en que lo hacemos ahora.

Desde este punto de vista, es perfectamente comprensible que la mayoría de *hermenēis* mencionados por su nombre en los archivos estudiados por Mairs tuvieran un perfil comercial: eran en gran parte comerciantes, o hijos, familiares o amigos de comerciantes. El conocimiento de varios idiomas los hacía especialmente valiosos para el trato con otros pueblos, pero incluso entonces este tratamiento se llevaba a cabo con la esperanza de obtener beneficio económico, pues ya hemos señalado que las colonias rara vez tenían una motivación de pura conquista y búsqueda del poder.

4.3. Ejercicio profesional del *hermenēus* arcaico y su relación con las Administraciones y el ámbito privado

Hemos propuesto la hipótesis de que un *hermenēus* sería un intérprete, pero también un proveedor, un guía, un procurador y un negociador, un intermediario para facilitar el buen entendimiento entre varias partes, ya fuera en un sentido lingüístico o puramente comercial.

Los archivos de Zenón, un secretario y agente del gobernador Apollonios (a su vez consejero del rey Ptolomeo II) que vivió en el Egipto del siglo III a. C., mencionan una serie de nombres de *hermenēis*, aunque en ningún caso detallan las funciones específicas de cada uno o el servicio que dieron, sino que podemos intuirlo a partir de cartas y notas de pago en las que son mencionados. En muchas ocasiones, las menciones a los *hermenēis* ni siquiera están relacionadas con su profesión, sino que esta se especifica para evitar confusiones con otras personas llamadas igual. El ejemplo que más veces aparece en este archivo es el del *hermenēus* Apolonios: aparece como encargado de hacer llegar un cargamento de pescado, como alguien a quien se le pidió ayuda para que mediara en el conflicto entre un tal Pataikion y un soldado egipcio cuyo nombre no se menciona y como alguien que aportó seis cabezas de ganado para un festival (Mairs, 2020).

Un tal Glaukias aparece en un archivo como un *hermenēus* que, en concepto de “compras”, recibe una suma de doce dracmas de cobre. Mairs deduce de esta nota que Glaukias recibió ese dinero en calidad de agente comercial, para que realizara determinadas compras en nombre de un cliente.

Otro *hermenēus* anónimo recibe una suma de tres óbolos por hacer de “guía para el ajo”, probablemente refiriéndose a que hizo de mediador entre un comprador y

un proveedor (Mairs, 2020). Desconocemos si la naturaleza de esa mediación fue lingüística, pero cabe la posibilidad de que así fuera.

Mairs también encuentra digno de mención que, para la mediación lingüística que sin duda fue necesaria en un entorno tan multicultural como era la Grecia helenística (y en el caso que nos ocupa, en la red de colonias mediterráneas), las menciones directas a intérpretes o mediadores culturales son muy escasas. Y es cierto: no cabe duda de que debía haber una mediación intercultural, interlingüística o comercial constante en estas colonias, y sin embargo los nombres son muy escasos en los registros documentales. Cuando aparecen, es en forma de facturas, en cartas o, en documentos históricos, solamente si el tema que ayudaron a tratar fue de gran relevancia.

Solamente podemos asegurar que una mediación lingüística ocurría en el caso de los intérpretes de las cortes de los gobernantes (Mairs, 2020), pero consideramos razonable asumir que las labores de mediación comercial en lugares que eran un crisol cultural tan increíblemente variado debían incluir, necesariamente, un componente lingüístico o como mínimo intercultural.

No obstante, no consideramos que las operaciones comerciales compusieran realmente una mayoría tan amplia de las mediaciones como parecen dar a entender los archivos, sino que sencillamente, las transacciones económicas generan más rastros documentales.

Existen algunas fuentes que parecen apuntar a la existencia de *hermenēis* como agentes designados por las autoridades, aunque debemos tomarlas con cautela porque son escasas, aisladas y pertenecen a una época muy posterior a la arcaica, de modo que podrían no ser aplicables al contexto histórico que tratamos en este trabajo.

Estas fuentes describen medidas de alimentos, como aceitunas, de acuerdo con “la medida del *hermenēus*” (Mairs, 2020, p. 19). Estos archivos aislados parecen asignar al *hermenēus* local (que nunca aparece nombrado, solamente su cargo) una labor de notario o regulador de pesos y medidas local. Esto es coherente con otros archivos, como un informe dirigido a un *stratēgos* (gobernador militar) sobre el comercio de grano firmado por tres *telos hermēneias* o inspectores de impuestos comerciales. Otro “inspector” de alto rango relacionado con los impuestos aparece en una lista de funcionarios como un *hermēnias halopōliōn* o inspector de impuestos sobre el comercio de sal (Mairs, 2020, p. 19).

De nuevo, debemos ser prudentes cuando tratamos estos registros documentales, pues pertenecen a una época muy posterior a la que tratamos y, aunque en general consideramos que son aplicables a la época arcaica en su mayor parte, el verdadero funcionamiento de las Administraciones arcaicas podría ser bastante más primitivo que el que describimos en esta sección. En cualquier caso, estos ejemplos sirven para mostrar que el de *hermenēus* era un oficio reconocido a nivel legislativo. Al menos, los censos locales parecen aceptar “*hermenēus*” como una respuesta válida cuando a un individuo se le preguntaba por su ocupación.

Parece en cualquier caso que la de *hermenēus* era una profesión más desorganizada y descentralizada que en Egipto. El *hermenēus* griego no debía superar una formación específica, obtener una titulación o cumplir requisitos específicos para ser nombrado, sino que, al parecer, solamente debía crearse a sí mismo mediante el desarrollo de su labor una fama de fiabilidad y eficacia para ser solicitado por otros clientes públicos o privados.

4.4. Posición social y económica del *hermenēus* arcaico

En general, proponemos que la posición social y económica del *hermenēus* arcaico dependía de sus circunstancias personales, familiares y del éxito de sus negocios principales. No tenemos pruebas de que la mayoría de estos *hermenēis* vivieran de su labor como mediadores, por lo que esta podría ser una función secundaria que algunos llevaran a cabo con más constancia que otros. Desde luego, hemos mencionado la existencia de lo que parecen ser *hermenēis* funcionarios, que probablemente tuvieran unos ingresos estables provenientes del Estado y que probablemente vivían de ellos, pero los desconocemos.

No parece, pues, haber evidencias de un tratamiento diferenciado a los intérpretes por parte de la sociedad en la que vivían.

Cabe destacar una interesante afirmación de Van Hoof (1991: 9) sobre la posición social de los intérpretes en el Cartago arcaico: este autor afirma que allí sí emergió una casta de intérpretes de entre las más de sesenta culturas que convivían en la ciudad. Al parecer, se les eximía de las labores pesadas que debían realizar todos los habitantes de Cartago, debían llevar la cabeza afeitada y portaban un tatuaje con el símbolo de su profesión, un loro. Si el loro tenía las alas plegadas, quería decir que el intérprete solamente interpretaba entre dos lenguas; si el loro tenía las alas

abiertas, podía hablar más lenguas. Aunque esta leyenda está bastante extendida en los estudios de interpretación, Van Hoof no cita sus fuentes y no existe mención a esto en ningún documento anterior, por lo que recomendamos tomarla con cautela.

Resulta muy difícil extraer de los registros algo que nos indique cuánto cobraban los *hermenēis*. Existen tablas de pagos, pero estas no especifican si las cantidades pagadas o cobradas se corresponden a honorarios o a sumas entregadas para que el mediador realizara compraventas en nombre de su cliente. En cualquier caso, ofrecemos a continuación algunos extractos en inglés y una tabla general de evidencias de pagos que involucraron a un *hermenēus*, todo elaborado por Mairs:

Col. I

λόγος Μέμφεω(ς) κθ·		Memphis account, the 29th.	
λόγος πάκτωνος [(άρταβών(?))]		Account of a light boat:	
(πυροῦ) (άρταβών) φν (δραχμαὶ) μδ,		550 artabas of wheat, 44 drachmas,	
νέων (δραχμαὶ) ς,		boats ⁷⁴ 6 dr.,	
γένους (δραχμαὶ) δ,	5	tax ⁷⁵ 4 dr.,	5
ἐραυνητικ(οῦ) (δραχμαὶ) δ,		inspection tax 4 dr.,	
τραπεζεῖτη (δραχμῆ) α,		to the banker 1 dr.,	
χειριστικοῦ (δραχμαὶ) ε,		payment for a manager 5 dr.,	
ἀλλαγῆ(ς) (δραχμῆ) α,		exchange 1 dr.,	
ἐρμηνεῖς (δραχμαὶ) β,	10	to a <i>hermēneus</i> 2 dr.,	10
πηδαλίου (δραχμαὶ) ιδ (τετρώβολον),		helmsman's fee ⁷⁶ 14 dr. 4 ob.,	
φυλαξάπο γ(ῆς(?)) καὶ κυδ(άρω(?)) (τετρώβολον),		a guard from the land and on the boat 4 ob.,	
γραμματεῦσι (δραχμαὶ) δ,		to clerks 4 dr.,	
Ἄρτεμεῖτι (δραχμῆ) α,		to Artemeis 1 dr.,	
χειρογρα(φίας) (δραχμῆ) α,	15	written report ⁷⁷ 1 dr.,	15
λόγος Μέμφεω(ς) κθ·		Memphis account, the 29th.	
ἄλλ(ου) πλ(οίου) θαλαμηγοῦ (πυρῶν) (άρταβών)		Another boat with a hold: 540 artabas of	
φμ [(δραχμαὶ) μγ]	20	wheat	20
ὡς τῶν (άρταβών) ρ (δραχμαὶ) η (δραχμαὶ) μγ,		at 8 dr. per 100 art., 43 dr,	
νέων (δραχμαὶ) ς,		boats 6 dr.,	
γένους (δραχμαὶ) δ,		tax 4 dr.,	
ἐραυνητ(ικοῦ) (δραχμαὶ) δ,		inspection tax 4 dr.,	
τραπεζεῖτη (δραχμῆ) α,	25	to the banker 1 dr.,	25
χειριστικοῦ (δραχμαὶ) ε,		payment for a manager 5 dr.,	
ἀλλαγῆς (δραχμῆ) α,		exchange 1 dr.,	
ἐρμηνεῖ (δραχμαὶ) β,		to a <i>hermēneus</i> 2 dr.,	
πηδαλίου (δραχμαὶ) ιδ (πεντώβολον),		helmsman's fee 14 dr. 5 ob.,	
γραμματεῦσι (δραχμαὶ) δ,	30	to clerks 4 dr.,	30
Ἄρτεμεῖτι (δραχμῆ) α,		to Artemeis 1 dr.,	
χειρογραφίας (δραχμῆ) α,		written report 1 dr.,	
πιττακίου (τετρώβολον),		receipt 4 ob., total 87 dr. 3 ob.	
(γίνονται) (δραχμαὶ) πζ (τριώβολον).			

Figura 2: Extracto del papiro P. Oxy. XIV 1650 datado entre el siglo I y II d. C., traducido y anotado por Mairs (2020, pp. 21-22). Se trata de un registro de cargamentos de trigo enviados a Menfis.

<i>Hermēneus</i>	Reference	Date	Sum paid to	Sum paid by	Range of sums in the same document
Haryotes	<i>P. Mich.</i> II 123	AD 45–47		4 dr. (for document drawn up at the <i>graphēion</i>)	n/a
Glaukias	<i>P. Col.</i> IV 63	257 BC	12 dr. 'for purchases'		1–20 dr.
Anonymous "who guided to the garlic"	<i>PSI</i> IV 332	257 BC	3 ob.		3 ob. – 3 dr. 3 ob.
Apollonios	<i>UPZ</i> II 227	134 BC	2 bronze talents from the bank		
Anonymous	<i>SB</i> X 10743	C1 BC – AD C1	[Not preserved]		4–28 dr.
Kronion	<i>P. Mich.</i> II 124	AD 46		10 ob. (for document drawn up at the <i>graphēion</i>)	n/a
Anonymous	<i>P. Oxy.</i> XIV 1650	AD late C1 – early C2	2 dr.		4 ob – 5 dr.
Anonymous	<i>P. Berl. Leihg.</i> II 39 R	AD 160	4 dr.		4–24 dr.
Anonymous	<i>P. Lund</i> VI 5	AD 187–91?	4 dr.		4 dr.
Anonymous	<i>O. Theb.</i> 143	AD C3	1 <i>diplokera-mion</i> of wine		1–5 <i>diplokera-mia</i>
Anonymous	<i>O. Bodl.</i> II 1835	AD C3	1 rhodion, 4 dr., 5 ob.		1 rhodion – 1 rhod., 4 dr., 5 ob.
Anonymous " <i>hermēneus</i> of the <i>stratēgos</i> "	<i>SB</i> VI 9406	AD 247	9 dr.		9–16 dr. (v long account, so only in section near <i>hermēneus</i>)

Figura 3: Recopilación de menciones de pagos que involucran a hermenēis en papiros egipcios de los siglos I y II d. C. (Mairs, 2020, pp. 44-45).

Así, a grandes rasgos, no se puede hablar de una clase definida de intérpretes como más o menos sí podíamos hacer en el Imperio Nuevo egipcio, con la excepción quizás de los intérpretes cartagineses. Existía una necesidad de mediación lingüística, y existían personas que la cubrían, pero es posible que esa labor respondiera más a una circunstancia coyuntural por parte de comerciantes, interventores, procuradores y otros individuos plurilingües que a un esquema organizado de provisión de servicios de interpretación. En ese sentido, del mismo modo que el origen y las labores exactas de cada *hermenēus* variaban en gran medida según las circunstancias de cada individuo, también lo hacía su reconocimiento y su capacidad para cobrar unos honorarios por este trabajo.

5. Los *interpretes* en la *Pax Romana*

5.1. La interpretación durante la *Pax Romana*

La palabra latina *interpres* da origen al término *intérprete* que empleamos en la actualidad. Proviene a su vez del prefijo *inter* (“entre”) y del protoindoeuropeo *per* (“vender”, “traficar”, con lo que podemos trazar una interesante relación entre el origen posiblemente comercial de esta palabra y el *hermenēus* griego) (*The American Heritage dictionary of the English language*, 2000). Aunque el latín cuenta con un término para *traductor* (*trānslātor*, que significa “llevar a través” o “llevar algo [el significado o las palabras, probablemente] al otro lado”) (ibid.), para la interpretación parece que escogieron emplear una terminología que evidencia la influencia griega en el origen del oficio: llamar a los intérpretes *interpretes* conlleva, consideramos, una connotación comercial, o de intermediario no solamente lingüístico sino también cultural y económico.

El Imperio Romano fue una máquina burocrática. Cuando alcanzó su máxima extensión en el año 117 d. C. bajo el Emperador Trajano, superaba los cinco millones de kilómetros cuadrados y tenía una población de más de 60 millones de personas (Kelly, 2007), lo que suponía casi un cuarto de la población mundial en ese momento. Con una diversidad cultural muy superior a la que tuvo la Grecia arcaica durante su expansión mediterránea y una complejidad administrativa tan o más compleja que la del Imperio Nuevo egipcio, el Imperio Romano durante su *Pax* (29 a. C. a 180 d. C.) es el tercer y último contexto histórico que trataremos en este trabajo.

Este inmenso imperio contenía centenares de pueblos diferentes que hablaban decenas de lenguas distintas, sin contar a aquellos vecinos que no llegaron a pertenecer a Roma pero debían mantener contactos con ella igualmente. Todos estos pueblos debían tratar con la Administración romana con asiduidad, lo que nos lleva inevitablemente a imaginar la necesidad de intérpretes. Siendo Roma una entidad mucho más unificada que las conectadas pero independientes colonias griegas, y mucho más grande y diversa que un Egipto que a pesar de subyugar a sus vecinos mediante la guerra nunca se mostró demasiado interesado en expandir sus propias fronteras más allá de la costa sur del Mediterráneo, estos intérpretes tendrían un reconocimiento burocrático superior a los de los primeros y existirían en un mayor número y diversidad de origen y prácticas que los de estos últimos.

La enorme complejidad burocrática de Roma nos ha permitido además conservar gran cantidad de textos originales (o sus traducciones, ocasionalmente) en los que se menciona la actividad de la interpretación. A diferencia de las épocas estudiadas anteriormente, existe un número apreciable de nombres propios de intérpretes, sus rangos y descripciones de acontecimientos en los que aparecen.

5.2. Perfil social y geográfico de origen del *interpres* romano

La lengua oficial del Imperio era el latín, pero entre las clases pudientes era común (incluso esperado) tener conocimientos de griego y la mayoría de pueblos anexionados, sobre todo aquellos en fases tempranas de romanización, conservaban sus lenguas originales en convivencia con el idioma imperial. La latinización de los pueblos comenzaba con sus dirigentes, en el momento en que se arrodillaban ante Roma para asegurar sus posiciones, y lentamente descendía por la escala social hasta que el pueblo subyugado adoptaba la cultura y la lengua romanas como propias (Curchin, 2004).

De este modo, entendemos que aunque se toleraba el uso de otras lenguas a nivel interno de cada pueblo, se impulsaba el latín como lengua común y de obligado uso en cualquier trámite administrativo o legal.

Las lenguas bárbaras nunca gozaron de igualdad respecto al conquistador, y para un romano de nacimiento se consideraba extraño (incluso inquietante) el interés por aprender idiomas bárbaros (Peretz, 2006).

De modo que el perfil de origen más habitual de un intérprete romano (en términos generales, con sus correspondientes excepciones) era el de un ciudadano romanizado, es decir, originario de uno de los pueblos súbditos del Imperio, que conocía la lengua nativa de sus tierras y había aprendido latín. No estaba bien visto que un romano aprendiera ninguna lengua extranjera salvo el griego, el único idioma “bárbaro” considerado digno de estudio. Cómo llegaba ese ciudadano romanizado a serlo y trabajar como intérprete variaba: Peretz describe en su obra *The Roman Interpreter and His Diplomatic and Military Roles* intérpretes que habían sido tanto esclavos como prisioneros de guerra como colaboradores voluntarios o soldados corrientes.

De nuevo, como en el caso de las colonias griegas arcaicas del Mediterráneo, no parece haber una escuela o un método de formación establecido para los

intérpretes. Puede ser porque, en comparación con Egipto, Roma no parecía tener tantos reparos a la hora de emplear extranjeros para esa labor ni se preocupaba tanto por la cuestión de la confianza: por tanto, no habría escasez ninguna de candidatos entre los millones de ciudadanos plurilingües del Imperio.

Aunque los perfiles son variados, podríamos intentar dividir a los intérpretes romanos de la *Pax* entre administrativos, militares y diplomáticos.

Los tres tipos tienen orígenes similares: nuevos ciudadanos romanos recientemente asimilados con lazos con sus pueblos de origen pero también con la voluntad de ponerlos al servicio del Imperio. La diferencia principal radicaba en que los intérpretes militares eran a menudo soldados reclutados con toda normalidad. A pesar de esto, no podemos ignorar otros muchos casos, de los cuales Peretz documenta algunos, de habitantes de la zona, no militares, cuyos servicios de interpretación fueron empleados por las legiones romanas.

5.3. Ejercicio profesional, condiciones y relación con la Administración

Peretz (2006) describe a los intérpretes administrativos como parte de los *apparitores*, una clase de sirvientes y funcionarios que recibían una paga de las arcas del Estado y asistían y acompañaban a oficiales públicos y magistrados. Sin embargo, estos *apparitores* se dividían a su vez en cuatro clases: *scribae* (podríamos traducirlo como “secretarios”), *viatores* (“convocadores”), *lictors* (asistentes variados) y *praecones* (heraldos y pregoneros), y la labor de un intérprete no parece encajar a la perfección en ninguna de ellas.

En su lugar, es posible que el de los intérpretes no fuera un grupo tan organizado, y que, de manera similar a los *hermenēis* griegos, tuvieran diferentes tareas específicas según sus habilidades particulares y su patrón. Así, cada intérprete podría ser, según sus circunstancias específicas, *scribae*, *viator*, *lictor* o *praecon*.

A menudo, los intérpretes cumplían labores no solamente de mediación lingüística, sino también de mensajería y anuncios, y la mayoría de las veces su servicio era temporal y personal (Peretz, 2006).

Es decir, que servían a un patrón específico que los contrataba, y no a la Administración en general. No eran, por tanto, funcionarios, sino que acompañaban y asistían por contrato a sus patrones. Se parecían, probablemente, a lo que hoy en día

llamamos contratos externos. Se los llamaba para tareas y conferencias específicas, y eran figuras supeditadas a sus empleadores.

Existen algunas excepciones, claro. Peretz describe cómo, a finales de la República (es decir, ligeramente antes del período que tratamos en este trabajo, pero lo bastante cercano como para considerar el ejemplo útil), un intérprete llamado Marcilius pertenecía al *apparitio* del gobernador M. Tullius Cicerón de una provincia romana en el sudeste de Asia Menor. Este sería un ejemplo de un intérprete contratado a largo plazo: Marcilius probablemente asesoraba a su patrón en el trato con las muchas tribus nativas de la provincia que gobernaba, y podemos suponer que le proporcionaba servicios de mediación lingüística.

En un contexto diplomático, los intérpretes eran probablemente considerados miembros de las delegaciones y no solamente sirvientes, a juzgar por el tratamiento que les dan los textos de la época. Esto nos hace pensar que es posible que tuvieran responsabilidades diplomáticas más allá de las puramente lingüísticas. Esto es lógico, pues a menudo estos intérpretes pertenecían originalmente a los pueblos con los que la delegación planeaba tratar, y tendrían conocimientos extensos sobre la cultura y las costumbres del lugar que podrían beneficiar ampliamente al éxito de la misión.

Entendemos esta posición privilegiada del intérprete diplomático a partir de las descripciones del tratamiento que se le daba a aquellos que dañaban de cualquier manera a los intérpretes que pertenecían a las delegaciones: los textos hablan con desagrado por ejemplo del líder tribal germánico Ariovisto, que hizo prisioneros al galo-romano Valerius Proculus y a su acompañante Metius, quienes fueron finalmente liberados cuando los germánicos tuvieron que huir de César (Peretz, 2006).

Algunos intérpretes en las cortes de gobernadores y emperadores eran, en esencia, representantes de sus pueblos de origen encargados de las comunicaciones entre estos y las administraciones romanas (Peretz, 2006).

De este modo diferenciamos entre los intérpretes administrativos contratados de manera privada, que podían tener cualquier origen mientras existiera un conocimiento de las lenguas en contacto, e intérpretes diplomáticos, que podían tener un puesto estable en una corte o ser elegidos para una misión diplomática específica y tendían a tener cierta posición ventajosa propia, bien por contactos o bien por su linaje, y estaban protegidos por la inmunidad diplomática.

En el ejército, a menudo el intérprete era un legionario de a pie que, gracias a sus servicios adicionales, percibía un *stipendium* añadido a su salario. En niveles más altos, los intérpretes podían recibir nombramientos específicos con deberes oficiales (que ocasionalmente suponían menos obligaciones militares comunes). Esto podía tener la forma de los *supernumerarii*, nombrados así porque “sobraban” tras haber llenado las legiones. Los *supernumerarii* muy a menudo eran empleados como mensajeros, para misiones especiales o como asistentes para oficiales y gobernadores con distintas funciones (Peretz, 2006). Entre estas funciones es perfectamente plausible considerar que pudiera encontrarse la interpretación. Estos oficiales y gobernadores tenían asimismo la potestad de escoger, de entre los soldados bajo su mando, a aquellos que desearan para cualquier tipo de tarea especial.

Cualquier soldado políglota tendría entonces, probablemente, la posibilidad de ser relevado de sus funciones militares para actuar como intérprete militar, oportunidades que probablemente aceptarían dadas las ventajas que suponían respecto a su posición previa (como la posible exención del trabajo militar pesado) y las posibilidades futuras que implicaba el establecimiento de contactos con altos círculos políticos y militares.

Contamos con algunas fuentes que mencionan intérpretes militares, incluso por nombre. De entre ellas, la más interesante quizá sea la crónica de la Guerra de las Galias de Julio César, donde el futuro emperador habla de sus intérpretes celtas y nombra a su intérprete de confianza: Cayo Valerius Troucillus (Kurz 1986: 218).

Las conferencias con líderes tribales locales eran comunes en todas las provincias del Imperio, y especialmente importantes en aquellas zonas menos pacificadas y de reciente expansión, donde era crucial establecer contactos firmes con los nuevos ciudadanos romanos, incluyendo a aquellos que no celebraban precisamente serlo.

5.4. Remuneración, estatus social y la cuestión de la confianza

El intérprete romano no era un funcionario de la Administración respetado y de sangre noble como los del Imperio Nuevo egipcio. Eran asistentes, trabajadores que acompañaban a su empleador a nivel personal, de origen generalmente humilde (nuevos ciudadanos romanos) y más valorados por el trabajo que realizaban que por su posición social.

Tampoco disponían de la libertad del *hermenēus* griego, que iba y venía, buscaba sus propios clientes, aceptaba los encargos que deseaba y construía su propia red de contactos, sino que dependían, para asegurar su propia posición, del éxito de sus patrones en las misiones asignadas.

Los puestos de trabajo tampoco solían ser constantes (salvo quizás en el ejército), ya que los contratos duraban cuanto requiriese una misión específica o cuanto permaneciera en su propio puesto el empleador. No se estableció (al menos, hasta mucho más tarde de la época que tratamos en este trabajo) un cuerpo oficial de intérpretes regulado por la Administración y con funciones específicas (Mairs 2015: 362) sino que la del intérprete era una labor no regulada y que variaba mucho de una situación a otra. Aunque los intérpretes de una misma época y contexto profesional podían tener rasgos en común, podríamos decir que cada situación era única.

De manera similar a como ocurría en Egipto, existía en Roma una desconfianza hacia lo bárbaro, hacia lo exterior, que se extendía hacia los intérpretes que, aunque fueran ciudadanos romanos ahora, habían sido bárbaros hasta tiempos recientes (Peretz, 2006). El estatus social del intérprete estaba asociado a conductas poco fiables; eran generalmente considerados traicioneros y portaban un cierto estigma social (Mairs 2015: 361). Encontramos interesante que, habiéndose encontrado con el mismo problema que los egipcios (conseguir intérpretes en los que se pudiera confiar), los romanos optaron por no solucionarlo en absoluto: consiguieron intérpretes en los que no confiaban y los trataron como posibles traidores. Quizás por eso es tan relevante la figura del intérprete militar: al no tratarse (casi nunca) de un ciudadano desconocido, sino de alguien en cuya lealtad ya se ha depositado una cierta confianza, es probable que sus patrones se sintieran más inclinados a confiar en él.

En cuanto a la paga: sabemos que los intérpretes militares a menudo recibían un estipendio adicional en su salario (a menudo, doblando su asignación de comida), y sabemos que los intérpretes administrativos recibían un salario de las arcas públicas, pero resulta más difícil determinar cantidades específicas. Podemos realizar algunos cálculos, no obstante.

Tras la reforma militar de Cayo Mario en el año 102 a. C., el ejército romano se modernizó y se convirtió en profesional, con lo que se introdujo además el concepto de un salario regular. En el año 6 d. C. se estableció un tesoro militar especial del que

provenían los salarios de los legionarios, que eran tres pagas anuales de 75 denarios. Es decir, un legionario común cobraba 225 denarios al año. Un centurión solía cobrar cinco veces el salario de un soldado raso. Este salario no solía considerarse suficiente para vivir, y se complementaba con los beneficios obtenidos en los saqueos a pueblos enemigos (Campbell, 1996; Erdkamp, 2010; McNabb, 2012).

Un salario anual de 225 denarios, de acuerdo con Doug Smith (2000), quien describe un denario como la paga diaria de un trabajador cualificado, podría equivaler entonces a unos diez mil euros anuales (si consideramos que la paga diaria de un trabajador cualificado es de cuarenta a cincuenta dólares). Como referencia, a fecha de este trabajo, el Salario Mínimo Interprofesional en España es de catorce mil euros anuales (Boletín Oficial del Estado, 2022).

Los intérpretes no eran considerados especialmente valiosos o irremplazables. De hecho, no solían pasar mucho tiempo trabajando en el mismo sitio (Peretz, 2006). Es razonable asumir que, a menos que el intérprete fuera especialmente bueno en su trabajo u ofreciera otra clase de servicios más exclusivos, no era difícil de reemplazar por otro hombre bilingüe de la zona. Algunas anécdotas ejemplifican este poco valor otorgado a la persona del intérprete: por ejemplo, el historiador romano Dion Casio afirmó que, en determinadas cortes, todos los intérpretes que habían participado en la recepción de una embajada extranjera eran ejecutados para prevenir la difusión de los secretos allí hablados (Peretz, 2006). Es poco probable que esto ocurriera así (¿quién aceptaría un puesto de trabajo cuyos anteriores ocupantes han sido ejecutados sistemáticamente por el empleador?), pero sirve como ejemplo de cómo, probablemente, los secretos del patrón valían más que la vida del intérprete. Y, como hemos establecido, el intérprete no solía ser considerado de fiar.

Cabe mencionar, por último, el rol de elemento decorativo o simbólico que ocupaba a veces el intérprete. Como hemos señalado anteriormente, en Roma se esperaba de aquellos de alta cuna que fueran bilingües en latín y griego, por lo que podríamos insinuar que las relaciones entre hablantes de griego y sus gobernantes romanos no deberían necesitar un intérprete; sin embargo, la ley romana especificaba que todas las reuniones oficiales debían llevarse a cabo enteramente en latín (Peretz, 2006).

Esto debía generar la curiosa situación de que varias personas, que tenían al menos una lengua en común y que deberían ser perfectamente capaces de comunicarse, se veían obligadas a emplear los servicios de un intérprete.

Consideramos que esta norma tenía dos propósitos. Primero, colocaba al latín en un lugar superior al resto de idiomas como la única lengua que podía emplearse en los ámbitos públicos del Imperio. El Imperio se colocaba así a sí mismo como el ente superior que presidía cualquier reunión. Recordaba a cualquier persona que acudiera a reunirse con el gobernador de turno que estaba en Roma, que era un ciudadano romano y que no le quedaba más remedio que actuar como tal. En segundo lugar, aunque de manera similar, esta norma, junto con la convención establecida entonces de que cada parte en una conversación multilingüe debía tener su propio intérprete, obligaba al visitante no solamente a ver sus palabras interpretadas al latín, sino a ser responsable de que esto ocurriera, en cierto modo no solamente siendo humillado ante el Imperio sino haciéndose partícipe de su propia humillación.

6. Conclusiones

Los tres contextos históricos estudiados tienen, como es natural, similitudes y diferencias entre sí. Destaca el hecho de que, aunque los tres se suceden cronológicamente, sus características y el trato dado a los intérpretes no siguen lo que habría sido un progreso lineal, sino que cada uno, debido a sus circunstancias, a su cultura, a su trato de lo extranjero y a sus convenciones sociales, se desarrolló en este aspecto de una manera única.

En los tres contextos que trata este trabajo existían múltiples perfiles de origen para los intérpretes que determinaban sus condiciones de vida y las oportunidades que recibían. Un intérprete egipcio, griego o romano podía ser un esclavo bilingüe escogido *ad hoc* para esa función, a corto o largo plazo, pero las Administraciones parecían preferir a personas que tuvieran una razón, más allá de la estricta obligación o la amenaza de violencia, para realizar esta delicada tarea con precisión. En definitiva, personas cuya lealtad, a priori, estuviera asegurada.

Adoptaron, sin embargo, estrategias diferentes para lograr esto. En el Imperio Nuevo egipcio, hijos de nobles extranjeros eran llevados muy jóvenes para aprender la lengua y la cultura egipcias y ser educados desde una tierna edad como funcionarios del Estado. En las colonias de la Grecia arcaica, los *hermenēis* eran una parte más de las transacciones comerciales, y existía un interés para ellos en que estas tuvieran lugar sin problemas. En el Imperio Romano, el intérprete tenía en sus manos asegurar que las relaciones entre los pueblos recién conquistados y Roma fueran pacíficas y provechosas, y por lo general era beneficioso para ellos mismos que esto fuera así.

La cuestión de la confianza es un punto relevante en este trabajo. Como hemos expresado previamente, en el Imperio Nuevo egipcio la confianza en los intérpretes provenía de su proceso de selección y formación. En las colonias arcaicas griegas, se depositaba a menudo la confianza del cliente en un intérprete que solamente podía aportar como aval su experiencia y su fama; se confiaba en que el *hermenēus* haría el mejor trabajo posible porque tenía un interés personal en que las transacciones ocurrieran sin incidentes, y porque de demostrar ser un estafador nadie volvería a contratarlo. En este sentido, podríamos hacer una comparación entre el *hermenēus* griego y el intérprete autónomo contemporáneo, en el sentido de que es la necesidad de mantener una reputación impecable dentro del sector para garantizar encargos futuros lo que actúa principalmente como garantía de calidad para los clientes, con la

diferencia de que el intérprete profesional actual también está sometido a un código deontológico que actúa como medida de seguridad adicional. Un buen traductor o intérprete no llama demasiado la atención, pero un mal traductor o intérprete tendrá problemas para conseguir volver a ser depositario de la confianza de sus clientes.

Curiosamente, el Imperio Romano se preocupaba por el asunto de la confianza, pero no parece que tomase grandes medidas para atajarlo. No se seleccionaba de manera estricta a los intérpretes, como en Egipto, lo que da a entender que se daba poca importancia a este aspecto, pero al mismo tiempo se consideraba a los intérpretes traicioneros y poco de fiar. Su lealtad estaba constantemente en entredicho sin que se llevaran a cabo medidas para asegurarla en una especie de círculo vicioso.

Los egipcios fueron los que más cerca estuvieron de considerar la interpretación como una categoría profesional, pues llegó a haber una casta definida de intérpretes e intérpretes-diplomáticos y rangos específicos para aquellos encargados de organizarlos. Para los romanos el intérprete podía tener también una posición relativamente fija, sobre todo en el ejército (mientras que en las cortes de los gobernadores no era habitual que un mismo intérprete permaneciera demasiado tiempo en el mismo lugar, y en las misiones diplomáticas se nombraba a los intérpretes específicamente para ellas y al finalizarlas se les despedía), donde tenemos constancia de que el rango de intérprete militar existía, así como algunos pagos adicionales y tratamientos especiales que recibían sobre el resto de legionarios.

Los *hermenēis* griegos destacan, pues, entre estas otras dos civilizaciones por un tratamiento más informal de la profesión, que se acercó a lo que actualmente consideraríamos un ejercicio como autónomo. No estaban sujetos a normativas específicas, no eran funcionarios y no dependían de las arcas del Estado o de un patrón a largo plazo. Por el contrario, llevaban a cabo una variedad de tareas no solamente lingüísticas, diplomáticas o culturales, sino altamente ligadas a las actividades comerciales, mediando entre diversos clientes a cambio de, aparentemente, una especie de tasa o comisión. Solamente en algunos casos tardíos y específicos, que se salen de nuestro área de estudio, se menciona a algún *hermenēus* como agente público, encargado de pesos y medidas.

Por último, como última comparación que nos parece extensible al estado actual de la profesión, nos gustaría hacer mención a la cuestión de la visibilidad.

Hemos tratado varias veces a lo largo del trabajo la dificultad para hallar fuentes que mencionasen la interpretación de manera directa, o que proporcionasen nombres de intérpretes. Y no era porque los intérpretes no existieran, pues hemos explicado la necesidad de su presencia en cada uno de los contextos estudiados, sino porque no se les consideraba lo suficientemente relevantes como para ser mencionados en la mayoría de anales y registros. Podríamos decir que esto es irónicamente similar a la invisibilización que sufre en la actualidad el sector, necesariamente presente en todos los ámbitos imaginables y apenas mencionados si no es para señalar sus errores en público.

Afortunadamente, el esfuerzo de las asociaciones de traductores e intérpretes y la lucha de los profesionales por su reconocimiento han contribuido a una mejora de la condición social de la profesión en el tiempo y el espacio. Por poner un ejemplo, hasta hace unos años no era común siquiera que el traductor de un libro apareciera nombrado en su portada (a veces, en ninguna parte), mientras que ahora es una práctica que parece extenderse en los mercados literarios. Luchas actuales en el mundo de la traducción y la interpretación incluyen, por ejemplo, los créditos en los videojuegos.

Nuestra hipótesis inicial se ha visto, por tanto, parcialmente desmentida. El uso de intérpretes esclavos en las administraciones públicas ha resultado ser muy inferior a lo que suponíamos. Parece que las civilizaciones estudiadas preferían confiar la labor de interpretación a personas en las que los patrones sintieran que podían depositar su confianza. En un contexto de expansión comercial, como predecimos originalmente, sí parece que tiene lugar una prevalencia de los perfiles de mercaderes y viajeros entre los intérpretes. En Roma, aunque supusimos que prevalecería un perfil esclavo entre los intérpretes diplomáticos, nuestro estudio apunta a una preferencia hacia antiguos bárbaros, ahora asimilados por la cultura romana, que realizaban esta labor de manera voluntaria.

Al contrario de lo que la hipótesis inicial de este trabajo planteaba, la interpretación sí parece haber sido tratada como una profesión propia, y no solamente una actividad secundaria llevada a cabo por individuos bilingües. Esto parece evidenciar el adiestramiento especializado que superaban los intérpretes egipcios, la presencia del término *hermenēus* como ocupación en los censos griegos y la existencia del título o rango de *interpretes* en los ejércitos y las administraciones de Roma.

Los intérpretes, al parecer, sí percibían salarios. En el Imperio Nuevo egipcio no existían los sueldos como los conocemos actualmente, pues no había moneda de curso legal, pero los intérpretes de los templos y las administraciones percibían de sus empleadores pan y cerveza, a la manera de la época. En cuanto a los *hermenēis* griegos, hemos evidenciado la existencia de pagos que tenían “*hermenēus*” como concepto, pero no podemos concluir con las fuentes existentes que se trate de honorarios. Los *interpretes* romanos en el ejército percibían un salario base por ser soldados, que podía verse suplementado, aunque no hemos encontrado pruebas de que esto fuera así por defecto, por pagos adicionales debido a su trabajo como intérpretes.

La cuestión de la confianza ha tenido más relevancia de la que esperábamos. Tal como planteamos en la hipótesis inicial, en Roma parecía existir un prejuicio sobre los intérpretes, considerados traicioneros por sus orígenes bárbaros. Sin embargo, no parece que este prejuicio sea tan prevalente en los casos del Imperio Nuevo o de la Grecia arcaica.

No nos queda sino preguntarnos qué se escribirá sobre nosotros, los intérpretes de hoy, en los trabajos del futuro.

7. Bibliografía

- Alonso, I. y Baigorri, J. (2021) Interpretación: historia y profesión/Interpretazione: storia e professione, en Mariachiara Russo (coord.) *Interpretare da e verso l'Italiano: didattica e innovazione per la formazione dell'interprete*. Bononia University Press, 459-475.
- Bard, K. A. y Shubert, S. B. (2014). *Encyclopedia of the Archaeology of Ancient Egypt*. Routledge.
- Bates, O. (2014). *The eastern Libyans*. Routledge.
- Boatwright, M. T. (2015). *The Romans from village to Empire*. Oxford University Press.
- Boletín Oficial del Estado (2022). *Real Decreto 152/2022, de 22 de febrero, por el que se fija el salario mínimo interprofesional para 2022*.
- Brier, B. y Hobbs, H. (2013). *Ancient Egypt: Everyday Life in the Land of the Nile*. Sterling Publishing.
- Castleden, R. (2016). *Minoans: Life in Bronze Age Crete*. Routledge.
- Campbell, J. B. (1996). *The Emperor and the Roman Army: 31 BC - AD 235*. Clarendon Press.
- Childe, G. (2003). *Man Makes Himself*. Coronet Books.
- Coulson, W. D. E., Leventē, I. y Rehard, J. (1996). *Ancient Naukratis*. Oxbow Books.
- Chrobak, M. (2013). *For a tin ingot: The archaeology of oral interpretation*. Przekładaniec: A Journal of Literary Translation, Special Issue 2013, 87-101.
- Curchin, L. A. (2004). *The Romanization of Central Spain: complexity, diversity, and change in a Provincial Hinterland*. Routledge.
- Davies, W. V. y Schofield, L. (1995). *Egypt, the Aegean and the levant: Interconnections in the second millenium BC*. British Museum Press for the Trustees of the British Museum.

- Doug, S. (2000). Buying Power of Ancient Coins. <https://www.forumancientcoins.com>.
- Erdkamp, P. (2010). *A Companion to the Roman Army*. Wiley-Blackwell.
- Falbo, C. (2016). *Going back to Ancient Egypt: were the Princes of Elephantine really 'overseers of dragomans'?* The Interpreters' Newsletter, 21, 109-114.
- Finkel, I. L. y Taylor, J. (2015). *Cuneiform*. British Museum.
- Galán, J. (2011). *Intérpretes y traducciones en el Egipto imperial*. SEMATA, 23, 295-313.
- Gardiner, A. H. (1915). *The Egyptian Word for "Dragoman"*. Proceedings of the Society of Biblical Archaeology, 37, 117-125.
- Grossman, E. y Richter, T. S. (2015). The Egyptian-coptic language: Its setting in space, time and culture. En Haspelmath, M., Grossman, E. y Richter, T. S. (eds.) *Egyptian-Coptic Linguistics in Typological Perspective*, 55. De Gruyter Mouton.
- Haywood, R. M. (1971). *The Ancient World*. D. McKay.
- Hermann, A. (1956). Dolmetschen im Altertum. En K. Thieme, A. Hermann, & E. Glässer (Eds.), *Beiträge zur Geschichte des Dolmetschens* (pp. 25-59). Isar Verlag.
- Kelly, C. (2007). *The Roman Empire: A Very Short Introduction*. Oxford University Press.
- Kurz, I. (1985). The rock tombs of the princes of Elephantine: Earliest references to interpretation in Pharaonic Egypt. *Babel*, 31(4), 213-218.
- Kurz, I. (1986). Dolmetschen im alten Rom. *Babel*, 32(4), 215-220.
- Langdon, S. y Gardiner, A. H. (1920). The treaty of alliance between Ḫattušili, king of the Hittites, and the pharaoh ramesses II of Egypt. *The Journal of Egyptian Archaeology*, 6(1), 179–205.
- Liverani, M. (2001). *International Relations in the Ancient Near East, 1600-1100 B.C.* Palgrave.

Liverani, M. (2014). *The ancient near east: History, Society and Economy*. Routledge.

Lucas, J., Murray, CA. y Owen, S. (2019). *Greek Colonization in Local Context: Case Studies Exploring the Dynamics among Locals and Colonizers*. University of Cambridge Museum of Classical Archaeology Monographs. Oxbow Books.

Lutskovskaia, L. (2020). Ancient Egypt as cune for contemporary translation and interpreting industry. *Journal Of Archaeology Of Egypt/Egyptology* 17(8).

McNabb, C. (2012). *The Roman Army; The Greatest War Machine of the Ancient World*. Osprey Publishing.

Mairs, R. 2015, *Rome*, en F. Pöschhacker (ed.), *The Routledge Encyclopedia of Interpreting Studies*. Routledge, 361-362.

Mairs, R. (2020). Hermēneis in the documentary record from Hellenistic and Roman Egypt: Interpreters, translators and mediators in a bilingual society. *Journal of Ancient History*, 8(1), 50–102.

Maisels, C. K. (1998). *The near east: Archaeology in the “cradle of civilization.”* Routledge.

Martin, T. R. (2013). *Ancient Greece: From prehistoric to hellenistic times*. Yale Univ. Press.

Mikołajczak, T. (2008). *Zatopiona* *mysz*.
www.polskieradio.pl/23/266/Artykul/178191,Zatopiona-mysz, 30.05.2013.
Consultado a 7 de junio de 2023.

Moscatti, S. (1968). *The World of the Phoenicians*. Trans. A. Hamilton. London: Weidenfeld and Nicholson

Peretz, D. (2006). The Roman Interpreter and His Diplomatic and Military Roles. En *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* 55(4).

Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*. <<https://dle.rae.es>>
Consultado a 23 de junio de 2023.

Redford, D. B. (2001). *The Oxford Encyclopedia of ancient egypt*. Oxford University Press.

Scarre, C. (1995). *The Penguin Historical Atlas of Ancient Rome*. Penguin Books.

Sealey, R. (2003). *A history of the Greek city states: Ca. 700-338 B.C.* Univ. of California Press.

Shapiro, H. A. (2009). *Cambridge companion to Archaic Greece*. Cambridge University Press.

Shaw, I. (2003). *Oxford History of Ancient Egypt*. Oxford University.

Smith, W. S. (1965). *Interconnections in the ancient near-east; a study of the relationships between the Arts of Egypt, the Aegean, and Western Asia*. Yale University Press.

(2000). *The American Heritage dictionary of the English language*. Houghton Mifflin.

Valdeón, R. A. (2022). Translation before the Christian era. En Malmkjær, K. (ed.), *The Cambridge Handbook of Translation*, 521–536. Cambridge University Press.

Van Hoof, H. (1991). *Histoire de la traduction en Occident*. Ed. Duculot.

Warren, P. (1995) Minoan Crete and Pharaonic Egypt. En Davies, W. V. y Schofield, L. (Eds.), *Egypt, the Aegean and the Levant : interconnections in the second millennium BC*. British Museum Press.

Wilkinson, T. (2016). *Writings from ancient Egypt*. Penguin UK.

Woodard, R. D. (2010). *The ancient languages of Mesopotamia, Egypt, and Aksum*. Cambridge University Press.